El fundamentalismo literario de Mario Vargas Llosa

Ramón Rubinat Parellada
Universitat de Lleida

Recibido: 6 de septiembre de 2016 *Aceptado: 5 de octubre de 2016*

Abstract: By means of the analysis that Professor Gustavo Bueno carried out on the concept of "democratic fundamentalism," we have developed the concept of "literary fundamentalism" and have illustrated it through Mario Vargas Llosa's literary theory objectified in his book: *La verdad de las mentiras*. We demonstrate in these pages that his theory incurs constantly in this kind of ideological monism. As "democratic fundamentalism" raises democracy to the status of the political society basis, "literary fundamentalism" raises literature to the foundation status of human condition. For instance, Vargas Llosa states that, without literature, there would not be human beings but simple "bipeds" living in an animal world; but thanks to literature, "bipeds" transcend their primitivism and achieve the human condition. Vargas Llosa also states that "we learn how to speak correctly, deeply, rigorously and subtlety thanks to good literature, and only because of the literature" and this "only" turns the sentence into another sign of fundamentalism. Ultimately, we demonstrate that "literary fundamentalism" is one of the most representative embodiments of postmodern simplicity, idealism and naivete.

Key words: Posmodern literature; Literary Criticism; Philosophy; Vargas Llosa.

Resumen: A partir de los análisis que el profesor Gustavo Bueno ha hecho del concepto de "fundamentalismo democrático," desarrollamos el concepto de "fundamentalismo literario" y lo ilustramos con la teoría de la literatura que Mario Vargas Llosa ha objetivado en su libro *La verdad de las mentiras*. Nosotros demostramos en estas páginas que su teoría incurre constantemente en este tipo de monismo ideológico. Así como el "fundamentalismo democrático" eleva la democracia a la condición misma de fundamento de la sociedad política, el "fundamentalismo literario" eleva la literatura a fundamento de la condición humana. Por ejemplo, Vargas Llosa afirma que, sin literatura, no habría seres humanos, sino simples "bípedos" que vivirían en un mundo animal, pero, gracias a la literatura, los "bípedos" trascienden su primitivismo y alcanzan la condición humana. Vargas Llosa también afirma que "se aprende a hablar con corrección, profundidad, rigor y sutileza, gracias a la buena literatura, y sólo gracias a ella" y este "sólo" convierte la frase en otro signo de fundamentalismo. En última instancia, demostramos que el "fundamentalismo literario" es una de las realizaciones más representativas de la simplicidad, el idealismo y la ingenuidad posmodernas.

Palabras clave: Literatura posmoderna; Crítica literaria; Filosofía; Vargas Llosa; Materialismo filosófico.

1. ¿Qué es el fundamentalismo literario?

El profesor Gustavo Bueno ha dedicado dos libros y diversos artículos y conferencias a analizar el concepto de "fundamentalismo democrático."[1] Nosotros, partiendo de estos trabajos y de la teoría de la literatura construida por Jesús G. Maestro,[2] nos hemos enfrentado críticamente a la teoría literaria de Mario Vargas Llosa desplegada en su libro *La verdad de las mentiras*, pues, como demostraremos a continuación, constituye un caso variopinto de lo que llamamos "fundamentalismo literario."

Gustavo Bueno sostiene que, para el fundamentalismo democrático, la democracia no solo es la condición de la sociedad política, sino que, de no haber democracia, no cabría hablar ni de condición humana:

> La acepción primaria[3] del fundamentalismo democrático la referimos, por tanto, a aquellos demócratas que entienden la democracia como la forma más elevada de organización de una sociedad política... Lo que implica, a contrario, la duda acerca de si en las sociedades aristocráticas, y más aún, en las autocráticas, no cabe hablar propiamente de "condición humana." La Historia universal se dividiría en dos mitades: antes de la Democracia y después de la Democracia; y según esto, figuras como Platón, Aristóteles, Santo Tomás o Goethe no serían todavía plenamente hombres, por no ser demócratas... 'Demócrata', en esta primera acepción, viene a equivaler a hombre libre, como si el fundamento de la democracia fuera precisamente la misma condición humana [...] La democracia queda aquí elevada a la condición misma de fundamento de la sociedad política en general (*Historia* 2).

[1] Ver el apartado de Bibliografía.

[2] Sobre la base de la filosofía materialista desarrollada por Gustavo Bueno, Jesús G. Maestro ha construido la Teoría de la Literatura del Materialismo Filosófico, una obra que trata los materiales literarios desde una posición crítica, racional, científica y dialéctica. La excepcionalidad de esta obra reside en que, hoy en día, es la única opción desde la que nos podemos enfrentar a la sofística posmoderna y al resto de irracionalismos que, además de inutilizar nuestras Facultades de Letras, han convertido a los estudios de Teoría de la Literatura en una actividad panfletaria o en una cháchara retórica. Recomendamos, con encarecimiento, el estudio de los diez volúmenes de la serie Crítica de la razón literaria. Ver: <http://goo.gl/8wrJJp>.

[3] "Cuatro son las acepciones del rótulo 'fundamentalismo democrático' que vamos a intentar delimitar... Las denominaciones son las siguientes: 'fundamentalismo democrático *primario*', 'fundamentalismo democrático *canónico*', 'fundamentalismo democrático *miserable*', '*contra*fundamentalismo democrático' (Bueno, *Historia* 2).

A partir de estas ideas, nosotros referimos el concepto de "fundamentalismo literario" a aquellos individuos que entienden la literatura como el fundamento de la condición humana y que se sirven de la potestad fabuladora del autor de ficciones para analizar gnoseológicamente los fenómenos de la realidad. Y, puesto que esto es, precisamente, lo que Vargas Llosa sostiene en su libro, afirmamos que la teoría literaria vargallosiana incurre, en numerosas ocasiones, en un fundamentalismo literario:

> Hagamos un esfuerzo de reconstrucción histórica fantástica, imaginando un mundo sin literatura, una humanidad que no hubiera leído poemas y novelas... habría locos, víctimas de paranoias y delirios de persecución, y gentes de apetitos descomunales y excesos desaforados, y bípedos que gozarían recibiendo o infligiendo dolor, ciertamente. Pero no habríamos aprendido a ver detrás de esas conductas excesivas, en entredicho con la supuesta normalidad, aspectos esenciales de la naturaleza humana... La literatura, no la ciencia, ha sido la primera en bucear las simas del fenómeno humano y descubrir el escalofriante potencial destructivo y autodestructor que lo conforma. Así pues, un mundo sin literatura sería en parte ciego sobre estos fondos horribles... Incivil, bárbaro, huérfano de sensibilidad y torpe de habla, ignorante y ventral, negado para la pasión y el erotismo, el mundo sin literatura de esta pesadilla que trato de delinear tendría, como rasgo principal, el conformismo, el sometimiento generalizado de los seres humanos a lo establecido. También en este sentido sería un mundo animal (*La Verdad* 444, 445, 448 y 449).

Según nuestro autor, sin literatura, el hombre sería un bípedo, un animal (se entiende que no sería un ser humano) entregado a sus instintos. En cambio, la literatura permite que el bípedo aprenda aspectos esenciales de la naturaleza humana porque ella, la literatura, ha sido la primera, ¡antes que la ciencia!, en "bucear las simas del fenómeno humano" (signifique esto lo que signifique). Por esta razón, porque Vargas Llosa eleva la literatura a fundamento de la condición humana, afirmamos que incurre en un fundamentalismo literario.[4] Vamos a ver, a continuación, otros pasajes de *La verdad de las mentiras* que constituyen distintos signos de este fundamentalismo.

---

[4] Javier Cercas, discípulo de Vargas Llosa, sostiene las mismas ideas fundamentalistas que su maestro. Según Cercas, sin el estudio de las humanidades, los seres humanos perdemos nuestra condición humana: "Les humanitats no són ni un luxe ni un caprici, és que sense elles no hi ha humanitat. Serveixen per viure millor ... i com menys n'hi hagi menys persones som" (Jover).

2. El fundamentalismo literario de Mario Vargas Llosa

2.1. Una filosofía equivocada, primeriza, acrítica e ingenua

Gustavo Bueno considera al fundamentalismo democrático, en su sentido primario, como algo:

> Vinculado a una teoría y práctica políticas de carácter metafísico, es decir, como una filosofía política, sin duda, pero esencialmente equivocada, primeriza, acrítica e ingenua, precisamente por su condición metafísica... [Esta acepción primaria de fundamentalismo democrático] desde la perspectiva del materialismo la consideramos como metafísica, y en consecuencia como objetivo de nuestra demolición crítica, teórica o práctica (*Historia* 2).

Vargas Llosa ha significado en muchas ocasiones la excepcionalidad de la literatura en el sentido de que: "Sólo la literatura dispone de las técnicas y poderes para destilar ese delicado elixir de la vida: la verdad escondida en el corazón de las mentiras humanas" (*La verdad* 27). Y aquí el lector debe atender al significado de lo que lee y no dejarse intimidar por la apariencia grandilocuente de los enunciados. Si prestamos atención a lo que sostiene Vargas Llosa, advertiremos que la idea que se plantea en este pasaje es de un marcado fundamentalismo literario, pues no es otra que la reivindicación de la literatura como único ("sólo") operador capaz de manipular "la verdad escondida en el corazón de las mentiras humanas," con independencia, obviamente, de que no hay, ni puede haber, tal verdad mentirosa de lo humano, por muchos "poderes" que nuestro autor otorgue a la literatura. La referencia a que existen unas determinadas técnicas literarias se entiende. No se entiende, en cambio, que estas técnicas sirvan para "destilar elixires de la vida" o "verdades escondidas en los corazones de las mentiras." Nadie, ni el propio Vargas Llosa, podría dar cuenta de estos elixires, mentiverdades y escondrijos. Es esta una teoría claramente metafísica, equivocada, acrítica e ingenua, y por ello la consideramos fundamentalista y, en consecuencia, objeto de nuestra demolición crítica.

2.2. Los orgasmos democráticos y el placer literario

En este punto, partimos de las siguientes observaciones de Bueno:

> Recíprocamente, estos sentimientos democráticos, expresados muchas veces de un modo enfático, por no decir ridículo y obsceno (como cuando el diputado Zerolo, a raíz de la victoria electoral del PSOE en 2008, manifestó que había experimentado "orgasmos democráticos," y la vicepresidenta Teresa de la Vega, aunque no llegó a tanto, dijo que se encontraba en un estado de "felicidad democrática"), pueden considerarse como el mejor indicio del fundamentalismo democrático presupuesto por quienes así sienten ... "Vivir en democracia" será tanto como vivir una vida humana plena y verdadera, de paz y de bienestar (*Historia* 2).

Y, a partir de ellas, analizamos la teoría vargallosiana sobre el placer y la literatura:

> Sin la literatura, no existiría el erotismo. El amor y el placer serían más pobres, carecerían de delicadeza y exquisitez, de la intensidad que alcanzan educados y azuzados por la sensibilidad y las fantasías literarias. No es exagerado decir que una pareja que ha leído a Garcilaso, a Petrarca, a Góngora y a Baudelaire ama y goza mejor que otra de analfabetos semiidiotizados por los programas de la televisión (*La verdad* 436-437).

Vargas Llosa sostiene aquí que el amor y el placer de los lectores (que se corresponderían con los orgasmos democráticos de Zerolo y el placer democrático de Teresa de la Vega) están ennoblecidos por las lecturas que realizan, mientras que el amor y el placer de los no lectores se entiende que serían de una pobre calidad. De este pasaje nos interesa destacar la necesidad de la literatura para que se dé el erotismo y para que se den relaciones amorosas plenas, pues, sin ella, sin la literatura, afirma Vargas Llosa, no podría ser ni lo uno, ni lo otro. La subordinación de lo erótico a lo literario supone un claro desprecio hacia las otras artes. Sin el concurso de la literatura, se empobrecen el amor y el goce (¿sexual?), pues pierden delicadeza, exquisitez e intensidad. Nótese el contraste entre la delicadeza y la exquisitez amatorias que se arroga el literato y la grosera suficiencia de sus ideas: la literatura ennoblece el goce amatorio del fundamentalista literario pero, al mismo tiempo, lo aprisiona en un esquema dualista, pues no ennoblece en modo alguno su capacidad crítica, científica y dialéctica para tratar los materiales literarios, los materiales propios de su campo categorial. Ama y goza de forma fina y exquisita, pero razona de forma simple y ramplona.

Según Vargas Llosa, la literatura no es solo una educación para el amor, sino su acicate; de hecho, el impulso amatorio del lector se

activa gracias a la propia sensibilidad del individuo, pero también gracias a las fantasías que se objetivan en los textos literarios. Vargas Llosa, por tanto, está afirmando que quienes no leen literatura no pueden ni gozar, ni amar con las misma intensidad que los que sí leen. La soberbia del fundamentalista llega al paroxismo cuando este afirma que "una pareja que ha leído a Garcilaso, a Petrarca, a Góngora y a Baudelaire ama y goza mejor que otra de analfabetos." No importa el grado de aprovechamiento de la lectura, ni las ideas explotadas por los poetas que cita Vargas Llosa ("*L'amour, c'est le goût de la prostitution*," escribió Baudelaire [*Fusées* 649]), leer literatura constituye la clave de acceso al club de los que viven el amor y el goce de forma delicada y exquisita. Con la lectura les basta, nada se dice de la competencia del lector: de ahí el fundamentalismo. Vargas Llosa tampoco dice nada de lo que sucede con aquellas parejas en las cuales únicamente uno de los miembros es lector de literatura; cabe entender que, en estos casos, la parte lectora de la pareja disfrutará del amor común en un mayor grado que la otra parte. Por último, queremos destacar que el autor presenta como contrafigura de la pareja lectora a una pareja de analfabetos semiidiotizados (¿por qué el prefijo?) por los programas de la televisión. Es evidente que, entre la pareja de literatos y la de los analfabetos, media una nutrida variedad de casos, pero aun así, admitiendo el marcado contraste que establece el autor, su afirmación sigue resultando un signo de fundamentalismo literario y, concretamente, de clasismo literario. En definitiva, para el fundamentalista literario, "vivir en literatura" (que equivaldría al "vivir en democracia" del fundamentalista democrático) será tanto como vivir una vida humana plena y verdadera, de paz y de bienestar, de amor y placer delicados, exquisitos e intensos.

2.3. El fundamentalismo literario asociado al formalismo literario

Afirma Bueno que:

> El fundamentalismo democrático, en este sentido primario, puede decirse que va asociado al formalismo democrático (formalismo porque entiende la democracia en su reducción a la capa conjuntiva[5] de la sociedad política [poder legislativo, ejecutivo y judicial], con abstracción de las capas basal [poder gestor, planificador y redistribuidor] y cortical

[5] Para más información sobre las tres capas del cuerpo de las sociedades políticas, ver: García, *Ramas* 597.

> [poder militar, federativo y diplomático], que sólo oblicuamente se tienen en cuenta). Y es este formalismo el que lleva a la consideración de las sociedades democráticas como si su condición de tales se mantuviera al margen o por encima de sus fuentes basales y corticales (*Historia* 2).

En Vargas Llosa leemos lo siguiente:

> Toda buena novela dice la verdad y toda mala novela miente. Porque "decir la verdad" para una novela significa hacer vivir al lector una ilusión y "mentir" ser incapaz de lograr esa superchería. La novela es, pues, un género amoral, o, más bien, de una ética sui géneris, para la cual verdad o mentira son conceptos exclusivamente estéticos... Porque en los engaños de la literatura no hay ningún engaño (*La verdad* 21 y 27).

Si el fundamentalismo democrático prescinde de la capa basal y cortical, los fundamentalistas literarios, cuando conceptualizan (M_3)[6] un fenómeno propio del campo de la Teoría de la Literatura, prescinden de M_1 (de las referencias materiales de las formas lingüísticas de las que se sirven) y tratan aquellas materias según su psicología, según los dictados de su conciencia (M_2): es decir, acuden recurrentemente a la falacia.

Sostiene Vargas Llosa que el engaño no es engaño porque la verdad literaria consiste en mentir, aunque una mala mentira literaria no dice ninguna verdad, sino una mentira. Según él, la clave para distinguir cuándo se da lo uno o lo otro es la perfección de la obra: la mentira de las buenas novelas dice la verdad, mientras que las mentiras de las malas novelas, se entiende, dirían mentiras. Con independencia del hecho de que las novelas no dicen, ni pueden decir, ninguna verdad, porque a la literatura no le es dada la construcción de verdades (la literatura no está sujeta a veridicción), afirmamos que todo esto no es más que un ejercicio de retórica confusionaria. El criterio que propone Vargas Llosa no nos procura ningún parámetro para distinguir entre buenas y malas novelas y, por tanto, no nos será posible saber si la mentira de una novela dice su verdad o si la mentira es simple mentira por no haber conseguido el escritor que se dé en ella la superchería que pretendía. También podría ser que el criterio para dirimir la verdad o la mentira de las novelas fuese la conciencia del lector, de modo que la cuestión, en este caso, dependería del nivel de credulidad de cada

[6] Para más información sobre los tres géneros de materialidad de la ontología materialista, ver: García, *Materialismo* 22.

individuo. El problema es que aceptar la isovalencia de todos los juicios conlleva, precisamente, la inanidad de los ejercicios críticos.

La idea de "la amoralidad de la novela que, a su vez, despliega una ética sui géneris que se basa en la condición estética del criterio de verdad" es otro enunciado que el lector debe aceptar de forma acrítica, pues no hay manera de entender que una ética basada en una estética (es decir, en los recursos encaminados a causar una impresión sensible en el lector) diga el contenido de verdad de algo. Esta idea solo se puede defender retóricamente y solo se puede aceptar ilusamente. No hay más opciones. Los conceptos deben ser claros y distintos; por el contrario, cuando las formas lingüísticas de estos conceptos no guardan relación con ningún referente material, entonces resultan incomprensibles, son meros formalismos.

Íñigo Ongay, investigador de la Fundación Gustavo Bueno, en un artículo en el que se ocupa del fundamentalismo democrático como formalismo, concluye que:

> El fundamentalismo democrático, precisamente por representar un confuso formalismo conjuntivo, es decir una doctrina degenerada o corrupta del cuerpo de las sociedades políticas democráticas, conduciría, con gran probabilidad según los contextos, a la corrupción o crisis de la democracia por medio del despiece de su territorio basal: esto es, al máximo grado de distaxia del cuerpo político (*Fundamentalismo* 9).

Del mismo modo, y así lo prueba la degradación actual de los estudios universitarios de Letras, por ser el fundamentalismo literario una doctrina degenerada o corrupta de la teoría de la literatura, conduce a la corrupción o crisis de los materiales literarios por medio del despiece de la figura del transductor: esto es, al máximo grado de distaxia de uno de los cuatro materiales literarios fundamentales (autor, obra, lector y transductor[7]). Esta distaxia, como afirma Maestro, supone el final de la literatura porque "la Literatura puede sobrevivir sin lectores, pero no sin intérpretes" (*Genealogía* 643).

2.4. Fraternidad y armonía entre lectores

Afirma Gustavo Bueno que:

[7] Para más información sobre estas cuatro figuras, recomendamos la lectura de *Los materiales literarios*, de Jesús G. Maestro.

> Lo sustancial será ser demócrata, y será accidental ser demócrata español, demócrata francés o demócrata alemán. El fundamentalismo democrático primario se nos manifiesta, según esto, como un puro idealismo político, que pretende fundar la paz perpetua en armonía entre las diferentes democracias formales [...] La acepción primaria del fundamentalismo democrático la referimos, por tanto, a aquellos demócratas que entienden la democracia como la forma más elevada de organización de una sociedad política, y esto de un modo tal que desborda el tablero parlamentario, incorporando valores "fundamentales" como puedan serlo los valores de la Libertad o de la Igualdad humanas (*Historia* 2).

En Vargas Llosa leemos que "El vínculo fraterno que la literatura establece entre los seres humanos, obligándolos a dialogar y haciéndolos conscientes de un fondo común, de formar parte de un mismo linaje espiritual, trasciende las barreras del tiempo" (*La verdad* 433). La paz perpetua y la armonía entre democracias equivale, en el caso del fundamentalismo literario, al vínculo fraterno, al fondo común y al linaje espiritual que la literatura establece entre los seres humanos (que leen literatura). La democracia desborda el tablero parlamentario, mientras que la literatura trasciende las barreras del tiempo. Ambas, no obstante, incorporan los mismos valores: la Libertad y la Igualdad. En este sentido hay que interpretar el "vínculo fraterno" que establece la literatura, pues el acto de la lectura, según el fundamentalismo, nos iguala. El primer problema que plantea este pasaje consiste en que, si el lector se pregunta qué es un "vínculo literario de hermandad," no sabrá responderse de forma cabal; sí podrá, obviamente, desplegar un ejercicio retórico de signo autologista para restaurar ilusoriamente la comunicación que Vargas Llosa ha destruido al servirse de un concepto opaco. El segundo problema es que este vínculo literario de hermandad es algo que la literatura establece a pesar de que entre los seres humanos ya hay un fondo común que nos hermana: un determinado linaje espiritual. Adviértase, en este punto, que una cosa es establecer el vínculo fraterno y, otra, hacernos conscientes a los seres humanos de que todos compartimos un fondo común. Parece ser que la literatura realiza ambas operaciones: crea el vínculo fraterno y, a la vez, da visibilidad al linaje espiritual sito en el fondo común de los seres humanos.

Vargas Llosa se refiere a seres humanos, en lugar de a lectores, y, acto seguido, introduce la alusión al diálogo. Si Vargas Llosa se hubiese referido a "lectores" y a "crítica literaria," la idea habría resultado

excesivamente prosaica; en cambio, la referencia a los "seres humanos" y al "diálogo" nos mantiene dentro del espacio de la corrección política y la armonía posmoderna. Si cambiamos al "ser humano que dialoga" por el "lector que critica," entonces no hay manera de aludir a linajes espirituales y fondos comunes, porque la crítica (del griego *crinein*: discernir, separar) destruye estas delicuescencias. El crítico todo lo distingue; el fundamentalista literario, por el contrario, es incapaz de abandonar el dualismo: la fraternidad de los lectores, por un lado, y, por otro, la humanidad mutilada de aquellos que no leen literatura; este es su universo: la ilusión.

2.5. La literatura como único conocimiento totalizador y en vivo del ser humano

Observa Bueno lo siguiente:

> Los individuos no existen como tales individuos, dotados de la facultad de pactar, antes de que existan sociedades políticas estatales o preestatales. La individualidad, dotada de facultad de pactar, se forma precisamente en el seno de la sociedad política, y no sólo en la sociedad natural (tribus, clanes, familias, &c.), en la cual el individuo aprende a hablar y recibe así la posibilidad de adquirir la máscara a partir de la cual podrá transformarse en persona (*Historia* 2).

A partir de esta observación, analizamos el pasaje en el que Vargas Llosa completa las alusiones al vínculo fraterno, al fondo común y al linaje espiritual de los lectores:

> Nada enseña mejor que la literatura a ver, en las diferencias étnicas y culturales, la riqueza del patrimonio humano y a valorarlas como manifestación de su múltiple creatividad. Leer buena literatura es divertirse, sí; pero, también, aprender, de esa manera directa e intensa que es la de la experiencia vivida a través de las ficciones, qué y cómo somos, en nuestra integridad humana, con nuestros actos y sueños y fantasmas, a solas y en el entramado de relaciones que nos vinculan a los otros, en nuestra presencia pública y en el secreto de nuestra conciencia, esa complejísima suma de verdades contradictorias —como las llamaba Isaiah Berlin— de que está hecha la condición humana. Ese conocimiento totalizador y en vivo del ser humano, hoy, sólo se encuentra en la literatura (*La verdad* 432-433).

Así como es el Estado el que nos proporciona la capacidad para pactar políticamente (pactamos porque hay Estado y no al revés), es

nuestro conocimiento del ser humano el que nos permite entender la literatura (entendemos la literatura porque somos humanos, y no al revés). El fundamentalista literario, en cambio, entiende que la literatura representa una instrucción exclusiva (pues solo ella nos la procura) totalizadora y en vivo acerca del ser humano. Nosotros sostenemos lo contrario: a la literatura, como le hemos oído decir a Jesús G. Maestro, no se va a aprender, a la literatura viene uno aprendido de casa. El enfrentamiento crítico con las ideas objetivadas en las obras literarias dependerá, precisamente, de la consistencia de ese conocimiento previo, de la instrucción recibida. No conocemos la condición humana —por seguir con la premisa fundamentalista— gracias a la literatura, sino al revés: por conocer previamente la condición humana, somos capaces de interpretar la literatura.

Por otra parte, adviértase qué disimulada se presenta la radicalidad armonista. Así como el fundamentalista democrático no se considera fundamentalista, puesto que decirse de este modo resultaría redundante (para el fundamentalista democrático, "la tolerancia de la tolerancia es la tolerancia" [Bueno, *Democracia* 2]), Vargas Llosa, como fundamentalista literario, puede afirmar que "nada" enseña el conocimiento de la condición humana mejor que la literatura y que este conocimiento "sólo" se encuentra en la literatura, sin que nadie le acuse de prepotente, sectario o radical. El "nada" y el "sólo" marcan la exclusividad de la literatura para ver y valorar la riqueza del patrimonio humano y para adquirir el conocimiento totalizador y en vivo del ser humano, pero esta exclusividad no se interpreta como un engreimiento o, directamente, como una necedad, sino que este tipo de enunciados se aceptan de forma acrítica. Sucede a menudo que la grandilocuencia de las teorías formuladas por las figuras de la literatura amedrenta de tal manera a los tibios que estos dimiten de todo ejercicio crítico. Cuando el lector, acoquinado por la autoridad de Vargas Llosa, se enfrenta al pasaje que estamos analizando y no entiende nada, es fácil que, en lugar de reconocer la inanidad de lo que lee, simule que lo entiende o, incluso, mienta una acomplejada admiración. El problema radica en que la mezcla del "patrimonio humano" con la "integridad humana," el "secreto de nuestra conciencia," la "suma de verdades contradictorias," la "condición humana" y el impresionante "conocimiento totalizador y en vivo del ser humano" da como resultado un texto apabullante, capaz, como decíamos, de intimidarnos, cuando en realidad no es más que un conjunto impenetrable.

De este pasaje también nos interesa destacar las siguientes ideas. En primer lugar, la afirmación de que "nada enseña mejor que la literatura...," lo cual supone un absoluto desprecio hacia disciplinas como la Etnología, la Arquitectura, la Historia del Arte, la Musicología, etc. En segundo lugar, la afirmación de que la literatura sirve para aprender "qué y cómo somos, en nuestra integridad humana, con nuestros actos y sueños y fantasmas, a solas y en el entramado de relaciones que nos vinculan a los otros"; es evidente que nuestro autor confiere a la literatura unas capacidades que esta no tiene. El entramado de relaciones que nos vinculan a los otros debe relacionarse con el vínculo fraterno, el fondo común y el linaje espiritual que ya hemos comentado; en este sentido, el fundamentalismo literario de Vargas Llosa propugna un holismo armonista propiciado, en unas ocasiones, por la lectura de obras literarias y, en otras, por la lectura de "buenas" obras literarias. Por lo demás, la idea de "aprender qué y cómo somos en nuestra integridad humana" no tiene ningún sentido, es otra frase aparente, incluso intimidatoria, pero absolutamente desvinculada de cualquier referencia material, otro formalismo. En tercer lugar, destacamos la idea de que la condición humana consista en una complejísima suma de verdades contradictorias. Se trata de otra fórmula incomprensible, pues no hay ninguna "verdad contradictoria," no cabe tal verdad. Debería el autor, para defender la existencia de estas verdades, explicar en qué reside el contenido de verdad de una verdad contradictoria, pero esto es algo que Vargas Llosa no ha hecho y no hará porque no puede hacerlo. En cuarto y último lugar, tenemos la afirmación de que "ese conocimiento totalizador y en vivo del ser humano, hoy, sólo se encuentra en la literatura." Aparte de la exclusividad que marca el adverbio, negamos que pueda darse ese "conocimiento totalizador" del ser humano. Un conocimiento de este tipo debería ser materia de estudio de una ciencia unificada cuyo campo categorial estuviese constituido por toda la materia del mundo. La idea de esta ciencia unificada, en la medida en que representa un monismo ideológico, resulta fundamentalista. No hay, por supuesto, tal ciencia y, obviamente, no es la literatura un saber que pueda dar cuenta de estos materiales, y mucho menos si resulta que las verdades de la literatura son "siempre subjetivas, verdades a medias, relativas, verdades literarias que con frecuencia constituyen inexactitudes flagrantes o mentiras históricas... unas verdades huidizas y evanescentes que escapan siempre a los descriptores científicos de la realidad" (*La verdad* 26-27). Solo desde la ceguera fundamentalista puede el literato afirmar

la existencia de tales verdades. El literato teoriza aquí según lo que le sugiere su conciencia, por tanto, las explicaciones que dé acerca de las "verdades de la literatura" no serán otra cosa que un ejercicio de fabulación solipsista, jamás superarán el autologismo.

2.6. La lectura literaria entendida como perfectibilidad

Volvemos al pasaje en el que Bueno sostiene que "'Demócrata', en esta primera acepción, viene a equivaler a hombre libre... como si quien no es demócrata no fuera propiamente un ser humano pleno, sino arcaico, inmaduro" (*Historia* 2) para examinar, a partir de estas ideas, el trozo en el que Vargas Llosa se refiere a la incompletez de los seres humanos y a cómo la literatura es capaz de corregir nuestra naturaleza imperfecta:

> Cuando leemos novelas no somos los que somos habitualmente, sino también los seres hechizados entre los cuales el novelista nos traslada. El traslado es una metamorfosis... la ficción nos completa a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la dicotomía de tener una sola vida y los apetitos y fantasías de desear mil [...]. Las mentiras de las novelas no son nunca gratuitas: llenan las insuficiencias de la vida (*La verdad* 22-23).

Aristóteles, en la *Poética*, trata el fenómeno de la identificación que se da entre el público y los personajes de la tragedia, por cuanto los hechos que se representan en estas obras suscitan tanto piedad (*eleos*), como terror (*phobos*). El hecho de que el lector se identifique con el protagonista dice la habilidad constructiva del autor literario y propicia, en el caso de la tragedia, el fenómeno de la *katharsis*. Estas identificaciones, como sucede en el caso de San Ginés (identificación actor-personaje), pueden llegar a lo patológico; así lo explica el profesor Gustavo Bueno cuando se refiere al caso de este santo: "Ginés, aquel actor que contrató el César Galerio para que parodiase a Jesús de Nazaret y lo hizo tan bien que se dejó degollar" (*Sobre Asturias* 113).

Podemos entender la identificación y podemos entender el caso extremo y patológico; pero no hay manera de entender la teoría vargallosiana, pues nuestro autor se refiere a "seres hechizados entre los cuales el novelista nos traslada." La cuestión de nuestro hechizo y la referencia a la comunidad de hechizados a la que nos incorporamos nos parece algo inextricable, como también nos lo parece la idea de nuestro traslado. El "traslado" adquiere una mayor dosis de irracionalismo, si

cabe, cuando nuestro autor lo identifica con una "metamorfosis" (que significa 'transformación de algo en otra cosa'), pues entonces es forzoso entender que la lectura modifica nuestra condición de seres humanos. No es esta una idea aislada, sino algo sobre lo que Vargas Llosa vuelve en distintas ocasiones: "Una época no está poblada únicamente de seres de carne y hueso; también de los fantasmas en que estos seres se mudan para romper las barreras que los limitan y los frustran" (*La verdad* 23). Los "hechizados" de antes son ahora "fantasmas," mientras que los "traslados" y "metamorfosis" han pasado a ser "mudanzas." Adviértase que estos fantasmas de ahora, en la medida en que son capaces de romper "las barreras que los limitan," logran el mismo objetivo que se perseguía con aquella "hermandad espiritual" que hemos visto en el primer pasaje y que nos permitía trascender "las barreras del tiempo."

Vargas Llosa podía, como hace Aristóteles, ocuparse del fenómeno de la identificación lector-personaje y tratarlo conceptual y categorialmente, es decir, podía actuar como un teórico de la literatura que opera con los contenidos propios de su campo categorial. En lugar de ello —porque no puede hacerlo, porque, para actuar de este modo, es preciso disponer de una filosofía—, Vargas Llosa se sirve de la libertad constructiva del autor literario y trata los contenidos conceptuales como si fuesen ficciones. En términos del materialismo filosófico, diríamos que trata materias terciogenéricas (M_3) como si fuesen materialidades segundogenéricas (M_2). Este proceder revela la carencia que acabamos de indicar.

2.7. El derecho de creer en las mentiras

Nuestro punto de partida es la siguiente idea de Bueno:

> El fundamentalismo, con su arrogancia, descalificará a cualquier otra forma de Estado no democrático, considerándolo como fascista, o dictatorial, o despótico o tiránico; y esto sin perjuicio del reconocimiento de las imperfecciones de las democracias realmente existentes, reconocimiento que no altera su juicio sobre el privilegio de la democracia, porque interpreta tales imperfecciones como déficits coyunturales que tienen, en todo caso, un remedio único: más democracia (*Historia* 2).

A partir de ella, analizamos un pasaje de *La verdad* en el que Vargas Llosa insiste en la idea de que la vida supone una mutilación de nuestro ser: "Cuando un Estado, en su afán de controlarlo y decidirlo

todo, arrebata a los seres humanos el derecho de inventar y de creer las mentiras que a ellos les plazcan... hombres y mujeres padecen una mutilación que empobrece su existencia aun cuando sus necesidades básicas se hallen satisfechas" (*La verdad* 31). En consecuencia, la "vida en democracia" permitirá al individuo desarrollar una vida humana plena, lo cual significa que, sin esa democracia, la vida del individuo no tendría esa plenitud, de ahí la mutilación y la pobreza de su existencia, pues a este individuo no le estaría permitido ejercer su derecho de inventar y de creer las mentiras que le plazcan.

El fundamentalista literario se refiere al "derecho de inventar y creer mentiras," a pesar de que no exista tal derecho más que en sus delirios totalitarios. En este pasaje se aprecia perfectamente la nula conciencia que el fundamentalista tiene de la insubstancialidad de sus ocurrencias. La literatura es buena, nos hace libres y nos hermana con los demás seres humanos (cabe entender que se refiere a los seres humanos que leen literatura) y, puesto que Vargas Llosa también sostiene que la literatura son mentiras, hay que entender que todos los seres humanos tenemos derecho no solo a inventarlas, sino a creer en ellas. La defensa de un "derecho de creer en las mentiras" es otra de las ridículas invenciones del fundamentalismo literario y dice el panfilismo posmoderno: frente a la obligación de estudiar, se reivindica aquí el derecho a creer. De ahí, obviamente, pasamos al aprobado general, a la isovalencia de los juicios, es decir, a la destrucción de la crítica literaria. Esto es lo que acontece, actualmente, en las Facultades de Letras de nuestras universidades: estas se han convertido en centros de destrucción del discurso crítico. En este sentido, es preciso señalar que el origen del hundimiento se sitúa, precisamente, en el posmoderno, tolerante y no discriminador "derecho de creernos las mentiras." Frente a la obligación que tiene el sujeto gnoseológico de tratar las mentiras de forma crítica, científica y dialéctica, la universidad posmoderna ha optado por la aquiescencia imbécil, la no discriminación y el juego de las apariencias, es decir, por la instauración de Babel.[8]

2.8. La literatura como fin de la historia

En este punto, partimos de las siguientes ideas de Bueno:

[8] Recomendamos, para este asunto, la lectura del capítulo III ("Biocenosis literaria y necrosis académica. Destrucción posmoderna de los materiales literarios") de la *Genealogía de la Literatura*, así como las obras: *La Academia contra Babel* y *El hundimiento de la Teoría de la Literatura*, todas ellas de Jesús G. Maestro.

> La democracia será sobrentendida como algo más que una técnica política; es un humanismo, en la línea del progreso que conduce al fin de la Historia. Es el fundamentalismo democrático americano que Fukuyama atribuyó como misión propia a los Estados Unidos tras el derrumbamiento de la Unión Soviética, en su papel de promotor y tutor de la civilización en todas las naciones de la Tierra, y de su elevación a su estado de civilización... Ejercitan el fundamentalismo democrático primario... todos aquellos políticos que están persuadidos de que la democracia parlamentaria multipartido (o en su caso, la democracia popular unipartido) es la forma más avanzada, por no decir la definitiva, de las sociedades políticas, la condición incluso de su propio desarrollo económico... Se concluirá que la democracia constituye el verdadero *telos*, destino o fin de la sociedad política, en la historia humana: el fin de la Historia (*Historia* 2).
>
> La democracia metafísica será entendida, ante todo, como la fuente de la ética, de la moral, de la sabiduría práctica, de la verdad humana, del sentido de la vida y del fin de la historia humana (*La democracia* 2).

Tomándolas como referencia, analizamos el siguiente pasaje de Vargas Llosa:

> El puñado de ficciones materia de este libro prueba que, pese a las profecías pesimistas sobre el futuro de la literatura, los deicidas merodean aún por la ciudad fabulando historias para suplir las deficiencias de la Historia... Porque la vida real, la vida verdadera, nunca ha sido ni será bastante para colmar los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital que las mentiras de la literatura a la vez azuzan y aplacan nunca hay auténtico progreso (*La verdad* 14 y 31).

Aquí el problema es que no sabemos a qué tipo de progreso se refiere Vargas Llosa; debemos limitarnos a entender que, sin la literatura, no lo hay. Puesto que, para el fundamentalismo literario, la literatura es el criterio que da razón de todo, hay que entender que no cabe ningún tipo de progreso si no sentimos la "insatisfacción vital que las mentiras de la literatura a la vez azuzan y aplacan." Esto, obviamente, no tiene ningún sentido; la afirmación de Vargas Llosa implica que los individuos no lectores (de literatura) no progresarían en ningún ámbito y, en consecuencia, no podrían superar la fase de bípedos no humanos.

Así como el fundamentalista democrático establece una identificación entre democracia y humanismo, el fundamentalista literario la

establece entre la literatura y un progreso que, en la medida en que supone una mejora de nuestra condición humana, es también un "humanismo." La condición transfronteriza (promotora y tutora de civilización) de la democracia entronca con las referencias a la fraternidad, el fondo común y el linaje espiritual que, según el fundamentalista literario, comparten los lectores. Estos formarían un grupo supraestatal cuya misión sería la expansión civilizadora y humanizadora de la actividad lectora. En cuanto logremos la perfectibilidad que nos procura la literatura (las historias de la literatura), en cuanto el vínculo espiritual que une fraternamente a los lectores haya progresado en todas las naciones, habremos llegado (al fin de la Historia) a la instauración de la "armonía literaria mundial." Como afirma muy atinadamente José María Rodríguez Vega, refiriéndose al fundamentalismo democrático: "Este Universalismo es hermano del milenarismo de siempre y arranca del supuesto gratuito de ver en el interior del conjunto de los individuos un *telos* que lo impulsa hacia metas de puras ensoñaciones" (*El Nomos* 16). La fraternidad de lectores o la armonía literaria universal son dos ensoñaciones posmodernamente aceptadas e irresponsablemente difundidas por nuestras Facultades de Letras.

Afirma Vargas Llosa que la literatura crea historias para suplir las deficiencias de la Historia y que crea vidas ilusorias para suplir las deficiencias de la vida real; la literatura, por tanto, repara la vida. Si la carencia persiste, aplíquele usted más literatura: esta es la fórmula. Como nos hace ver el profesor Gustavo Bueno, así actúan los fundamentalistas: "Se reconoce que las democracias suelen adolecer de déficits más o menos graves... pero se añade que todos estos déficits podrán ser corregidos 'con más democracia', puesto que el fundamentalismo ve en la democracia la fuente de todos los valores" (*¿Qué es la democracia?* 2). Lo que el fundamentalista no advierte (de ahí su condición) es que no hay tal déficit, que leer una novela no es vivir otras vidas o vivir más y que la realidad no se suple con nada.

2.9. La soberanía de la novela

Partimos de las siguientes ideas de Gustavo Bueno:

> El "pueblo soberano" es una construcción de la ideología política moderna cuyo efecto no es otro sino sustituir al Dios que el Antiguo Régimen consideraba como origen de las leyes (*non est potestas nisi a Deo*)... ¿Quién se atreve a decir que entiende el mecanismo mediante

> el cual esa supuesta entidad sustantivada denominada "Pueblo soberano" emana las leyes? (*Fundamentalismo* 206).
>
> El pueblo carece, en una democracia avanzada y compleja, de capacidad para discernir el alcance de las leyes propuestas por los expertos... El pueblo, como contenido técnico de la democracia, implica la definición de un territorio geográfico (componente primero de la capa basal de la sociedad política) y los habitantes de esa sociedad política (componentes de su capa conjuntiva). El "pueblo" nos remite a un pueblo situado entre otros pueblos, entre los cuales se intercala la capa cortical (*Historia* 2).

Y, a partir de ellas, analizamos el pasaje en el que Vargas Llosa introduce la idea de "soberanía de la novela", uno de los contenidos más desconcertantes y confusionarios de su teoría literaria:

> La soberanía de una novela no resulta sólo del lenguaje en que está escrita. También de su sistema temporal, de la manera como discurre en ella la existencia... ellas nos ofrecen una perspectiva que la vida verdadera, en la que estamos inmersos, siempre nos niega. Ese orden es invención, un añadido del novelista, simulador que aparenta recrear la vida cuando en verdad la rectifica. A veces sutil, a veces brutalmente, la ficción traiciona la vida, encapsulándola en una trama de palabras que la reducen de escala y la ponen al alcance del lector. Este puede, así, juzgarla, entenderla, y, sobre todo, vivirla con una impunidad que la vida verdadera no consiente... En tanto que la novela se rebela y transgrede la vida, aquellos géneros [los géneros literarios] no pueden dejar de ser sus siervos (*La verdad* 19-21 y 24).

Así como el "pueblo soberano" es una construcción de la ideología política moderna, la "soberanía de la novela" es una construcción de la ideología literaria posmoderna; la primera buscaba sustituir al Dios que el Antiguo Régimen consideraba como origen de las leyes; la segunda busca infantilizar al lector, destruir su capacidad crítica y convertir la literatura en un instrumento para procurarle placer, es decir, busca sustituir la academia por el parvulario y la ludoteca. Afirma Vargas Llosa que la novela es soberana ('que ejerce o posee la autoridad suprema e independiente') respecto de la vida verdadera. Quiere esto decir que la vida verdadera y la "vida creada" por la literatura no son conceptos conjugados[9] sino conceptos dialécticos; para nuestro autor, la literatura no forma parte de la vida sino que, como contenedor de distintos cursos de existencias, es su igual, cuando no una realidad

[9] Para la noción de conceptos conjugados, ver: García, *Conceptos* 53.

superior, pues a la literatura le es dado jibarizar la vida y ofrecérsela al lector "desde fuera" para que este la disfrute con impunidad. Idealismo posmoderno (por la fabulación metafísica) e infantilización del lector (individuo que se dedica a jugar impunemente): estas son las notas de fundamentalismo literario que encontramos en este pasaje.

2.10. Ennoblecimiento democrático y enriquecimiento literario

Sostiene Bueno que:

> El adjetivo demócrata se utilizará, siempre que se trate de 'ennoblecer' al sujeto gramatical que lo recibe: 'justicia democrática', 'economía democrática', 'ciudadanía democrática', 'música democrática', 'solidaridad democrática', 'ética democrática', 'derecho democrático' (*Historia* 2).

Esta función ennoblecedora que observa Bueno coincide con la función "enriquecedora de nuestra existencia" que un fundamentalista literario como Vargas Llosa otorga a la literatura:

> ¿Qué diferencia hay, entonces, entre una ficción y un reportaje periodístico o un libro de historia?... La respuesta es: se trata de sistemas opuestos de aproximación a lo real... La ficción es un sucedáneo transitorio de la vida. El regreso a la realidad es siempre un empobrecimiento brutal: la comprobación de que somos menos de lo que soñamos... La ficción enriquece su existencia... Se aprende a hablar con corrección, profundidad, rigor y sutileza, gracias a la buena literatura, y sólo gracias a ella (*La verdad* 21, 24, 32 y 436).

El ennoblecimiento o enriquecimiento que nos procura la literatura no tiene nada que ver con aproximaciones a lo real (¡¿desde dónde?!) o con regresos (desde ese ignoto lugar metafísico) a la pobreza de nuestra realidad. La literatura, en la medida en que supone una alianza entre la razón y la imaginación, constituye un reto a nuestra inteligencia. El enriquecimiento que nos procura la literatura no puede consistir, en ningún caso, en el abandono o la ignorancia de lo real, sino en todo lo contrario: en detectar la sutil y sofisticada relación que el autor literario ha establecido entre una forma lingüística y su referencia material en orden a construir un significado. En otras palabras, no puedes regresar al lugar de donde no te has ido y del que, por otra parte, no te puedes ir.

Afirma Jesús G. Maestro que la literatura no es apta para ingenuos,[10] y así es: no hay nada en la literatura que previamente no esté en la realidad. Quien piensa que la literatura nos trae contenidos desde fuera de la realidad no hace sino evidenciar su ingenuidad o su locura. Por lo demás, los viajes fantásticos y las excursiones metafísicas no son contenidos de teoría literaria sino ficciones literarias. Cuando Vargas Llosa, al actuar como teórico de la literatura, trata los materiales literarios como si estos fuesen contenidos de ficción, no ennoblece nada, sino que empobrece sobremanera el campo de la teoría de la literatura; de hecho, lo destruye.

Según Vargas Llosa, el individuo se enriquece al leer y este enriquecimiento se debe al hecho de que el lector se disuelve y "multiimplica" en la ficción: "Gracias a la ficción somos más y somos otros sin dejar de ser los mismos. En ella nos disolvemos y multiimplicamos, viviendo muchas más vidas de la que tenemos y de las que podríamos vivir si permaneciéramos confinados en lo verídico, sin salir de la cárcel de la historia" (*La verdad* 31-32). Para el fundamentalista literario, la realidad es una cárcel en la que estamos confinados, de ahí la importancia emancipadora de la literatura. Gracias a la literatura trascendemos la miseria de nuestro yo cautivo y "somos más" (superamos nuestra individualidad) y "somos otros" (se refiere aquí a la metamorfosis de la que ya hemos hablado), siendo, a la vez, los mismos (lo cual constituye un milagro literario). La idea de la superioridad de la vida literaria respecto de la vida verdadera es una constante en la obra teorética de nuestro autor. Para Vargas Llosa, vida verdadera e Historia forman parte del mundo real, de modo que la literatura se contradistingue de ambas por cuanto nos traslada a "otro lugar." Los traslados, metamorfosis, mudanzas y cambios de escala terminan cuando el lector termina de leer; entonces se produce el "regreso" a la realidad. La teoría literaria vargallosiana incurre, por este motivo, en un claro descripcionismo,[11] pues entiende la realidad como algo dado, externo a nosotros, hacia lo cual nos aproximamos sirviéndonos de sistemas conflictivos entre sí.

La idea del enriquecimiento de nuestra existencia por acción de la literatura se completa con la referencia a un caso práctico: según Vargas Llosa, "solo" se aprende a hablar con corrección "gracias a la

[10] "La literatura no es apta para ingenios ingenuos, es decir, para personas cuyos conocimientos racionales están determinados, religados o limitados por sus creencias irracionales, fideístas o confesionales" (Maestro, *Genealogía* 336).

[11] "El descripcionismo, a su vez, postula una realidad exterior objetiva e independiente del hombre... concibe el entendimiento humano como una herramienta más para descifrar la realidad" (Maestro, *Materiales* 15).

literatura" y solo al literato le es dado hablar con profundidad, rigor y sutileza. Tomando las palabras de Bueno, diremos que el adjetivo "literario" se utilizará siempre que se trate de "ennoblecer" al sujeto gramatical que lo recibe. La exclusividad de la literatura para lograr el propósito que se persigue ("hablar con rigor," por ejemplo) es otro signo del fundamentalismo democrático de la teoría literaria vargallosiana.

3. Conclusión

Gustavo Bueno termina su *Panfleto contra la democracia realmente existente* reconociendo que el libro es "un intento de crítica radical a las democracias positivas que creen que sólo pueden entenderse a sí mismas desde la idea fundamentalista de democracia, y que por tanto sacralizan la democracia como si ella fuera el primer motor de toda la sociedad política" (304). Nosotros explicamos este artículo de un modo similar, pues estas líneas no son más que un intento de crítica radical a los literatos que creen que pueden tratar gnoseológicamente los materiales literarios y los distintos fenómenos de la realidad desde la literatura y que, además, la sacralizan, pues operan con ella como si esta fuera el primer motor del conocimiento científico y el fundamento de la condición humana.

Obras citadas

Baudelaire, Charles. "Fusées." *Oeuvres complètes* 1. París: Gallimard, 1975. 649.

Bueno Martínez, Gustavo. *El fundamentalismo democrático: La democracia española a examen*. Madrid: Temas de Hoy, 2010.

---. "El Papa en Asturias." *Sobre Asturias*. Oviedo: Pentalfa Ediciones, 1991. 111-128.

---. "Historia (natural) de la expresión 'fundamentalismo democrático'." *El Catoblepas*. Nódulo Materialista, Enero. 2010. n. 95, p. 2. Web. 15 Mayo. 2016 <http://www.nodulo.org/ec/2010/n095p02.htm>.

---. "La democracia como ideología." *Ábaco: Revista de cultura y ciencias sociales* 12-13 (1997): 11-34.

---. *Panfleto contra la democracia realmente existente*. Madrid: La esfera de los libros, 2004.

---. "¿Qué es la democracia? [y 5]." *El Catoblepas*. Nódulo Materialista, Julio. 2011. n. 113, p. 2. Web. 15 Mayo. 2016 <http://nodulo.org/ec/2011/n113p02.htm>.

García Sierra, Pelayo. "Conceptos conjugados." *Diccionario Filosófico: Manual del Materialismo Filosófico*. Biblioteca Filosofía en Español, Nov. 1999. Web. 15 Mayo. 2016 <http://www.filosofia.org/filomat/df053.htm>.

---. "Materialismo ontológico." *Diccionario Filosófico: Manual del Materialismo Filosófico*. Biblioteca Filosofía en Español, Nov. 1999. Web. 15 Mayo. 2016 <http://www.filosofia.org/filomat/df022.htm>.

---. "Ramas y Capas del poder político." *Diccionario Filosófico: Manual del Materialismo Filosófico*. Biblioteca Filosofía en Español, Nov. 1999. Web. 15 Mayo. 2016 <http://www.filosofia.org/filomat/df597.htm>.

Jover Martín, Esther. "Javier Cercas: 'La literatura m'ha fet molt menys imbècil del que podia haver estat'." *Bon Dia*, 3 Sep. 2014. Web. 15 Mayo. 2016 <http://goo.gl/j3bDPt>.

Maestro, Jesús G. *El hundimiento de la Teoría de la Literatura: Gnoseología de la Literatura. El conocimiento científico de la Literatura: crítica de las formas y materiales literarios*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2015.

---. *Genealogía de la Literatura: De los orígenes de la Literatura, construcción histórica y categorial, y destrucción posmoderna, de los materiales literarios*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2012.

---. *La Academia contra Babel: Postulados fundamentales del materialismo Filosófico como teoría literaria contemporánea*. Pontevedra: Mirabel Editorial, 2006.

---. *Los materiales literarios: La reconstrucción de la Literatura tras la esterilidad de la "teoría literaria" posmoderna*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2007.

Ongay de Felipe, Íñigo. "Fundamentalismo liberal y fundamentalismo democrático: en torno a dos concepciones formalistas de las sociedades políticas." *El Catoblepas*. Nódulo Materialista, Abril. 2010. n. 98, p. 9. Web. 15 Mayo. 2016 <http://www.nodulo.org/ec/2010/n098p09.htm>.

Rodríguez Vega, José María. "El Nomos melodioso." *El Catoblepas*. Nódulo Materialista, Julio. 2004. n. 29, p. 16. <http://www.nodulo.org/ec/2004/n029p16.htm>.

Vargas Llosa, Mario. *La verdad de las mentiras*. Barcelona: Santillana Ediciones, 2002.